

Artículos

Las ideologías del siglo XX y el mal: la lectura de Karol Wojtyla

Luz González Umeres

Universidad de Piura

En el presente trabajo me propongo rescatar algunos textos del volumen "Memoria e Identidad", publicado por Karol Wojtyla poco antes de su muerte, referidos a las ideologías del siglo XX, producto de las entrevistas que le hicieron en el verano europeo de 1993 los profesores polacos Józef Tischner y Krzysztof Michalski, fundadores del Institut für die Wissenschaften von Menschen, con sede en Viena.¹ Ambos filósofos le propusieron desarrollar un análisis crítico, tanto desde el punto de vista histórico como filosófico de las dictaduras que han marcado el siglo pasado: el nazismo y el comunismo.²

El libro en cuestión, aunque amplía la perspectiva de esas reflexiones, mantiene la centralidad de tales asuntos considerados "cruciales para el destino de la humanidad, tras los primeros pasos del tercer milenio" (10).

Presentaré a continuación algunos pasajes sobre la co-existencia del bien y del mal en las décadas pasadas, de la cual hemos sido testigos, y encierra lecciones permanentes para la humanidad y para nosotros mismos. Tengo la esperanza de que estas reflexiones nos puedan ayudar a enfocar con análoga profundidad los fenómenos que la historia presenta en la actualidad y seguirá haciéndolo en el futuro mediato.

El teatro del tiempo

Karol Wojtyla es preguntado acerca de la génesis de las ideologías que fundamentaron el nazismo y el marxismo, permitiendo una gran erupción del mal en la historia de la humanidad, y responde: "El siglo XX ha sido, en cierto sentido, el teatro en el cual han entrado en escena determinados

¹ Recojo aquí el texto de una ponencia presentada en el Congreso Internacional de Filosofía "El mal, uno de los rostros del siglo XXI". realizado en Córdoba (Argentina), del 27 de noviembre al 1 de diciembre de 2006.

² JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005. Señalo el número de página de este texto entre paréntesis al final de cada cita.

procesos históricos e ideológicos que han llevado hacia la gran erupción del mal, pero también ha sido espectador de su declive. En consecuencia ¿sería justa una visión de Europa basada únicamente en la perspectiva del mal surgido en su historia reciente? ¿No habría más bien en este enfoque – continúa preguntando el filósofo– una cierta unilateralidad? (13)

La caducidad del poder, también del poder del mal, es una nota que Wojtyla señala con lucidez y resalta al inicio de sus reflexiones sobre las ideologías. Europa es el escenario geográfico de la génesis de esta modalidad de pensamiento. Las ideologías hunden sus raíces en la cultura de la Ilustración, la cual no sólo ha dado frutos malos, sino también los ha dado buenos. Más adelante sostiene:

El mal es siempre la ausencia de un bien que un determinado ser debería tener, es una carencia. Pero nunca es ausencia absoluta del bien. Cómo nazca y se desarrolle el mal en el terreno sano del bien, es un misterio. También es una incógnita esa parte de bien que el mal no ha conseguido destruir, que se difunde a pesar del mal, creciendo incluso en el mismo suelo. (14)³

Así, la historia de la humanidad es una trama en la cual las fuerzas que dan origen al dinamismo del tiempo hay que descubrirlas con una lectura más profunda de los acontecimientos y en la clave de la coexistencia del bien y del mal. Esto significa que si el mal existe al lado del bien, el bien, no obstante, persiste al lado del mal, y, por decirlo así, crece en el mismo terreno que es la naturaleza humana. No hay que olvidar este aspecto permanente de las lecciones que nos ofrecen el tiempo y la historia

El pensamiento y el mal

Las ideologías son elaboraciones conceptuales, son asuntos del pensamiento humano, estructurado con elementos de variada procedencia y metodología. No siempre tienen rigor científico y se entremezclan con cuestiones de índole práctica. Entre éstas hay que situar la relación entre el pensamiento y el mal, cuyo producto histórico serían las “ideologías del mal”. Tischner y Michalski llegan a esta conclusión y enuncian un interrogante: ¿cómo nacieron las ideologías del mal? Wojtyla responde de un modo directo:

Las cuestiones propuestas tienen un profundo significado filosófico y teológico. Hay que reconstruir la filosofía del mal en su vertiente europea, aunque no sólo europea. Esto nos lleva más allá de las ideologías. Nos impulsa a adentrarnos en el mundo de la fe. Hay que

³ Cita a Tomás de Aquino en este modo de entender el bien, siguiendo las huellas de San Agustín.

afrontar el misterio de Dios y de la creación y, especialmente, el del hombre. (18)

No es posible, pues, a la sola razón humana, al simple pensamiento lógico, llegar a entender el origen del mal. Es menester desentrañarlo recorriendo el camino de la fe que ilumina la razón. La envergadura supraracional del hecho histórico de la co-existencia del bien y del mal requiere de la luz de la fe para ser explicado, pues está profundamente conectado con cuestiones tales como la creación y el pecado del hombre. Menciona tres documentos: la *Redemptor hominis*, la *Dives in misericordia* y la *Dominum et vivificantem*, en las cuales habla a nuestro tiempo explicándole que “la única verdad capaz de contrarrestar el mal de esas ideologías es Dios que es Misericordia” (19), Karol Wojtyła continúa:

En el transcurso de los años me he ido convenciendo de que las ideologías del mal están profundamente enraizadas en la historia del pensamiento filosófico europeo. (20)

Cuando se publicó su *Encíclica sobre el Espíritu Santo* algunos sectores de Occidente reaccionaron negativamente e incluso de modo vivaz. ¿De dónde provenía esta reacción? Surgía de las mismas fuentes de las que, hace más de doscientos años, nació la llamada Ilustración europea, especialmente la francesa, pero sin excluir la inglesa, la alemana, la española o la italiana.

Se remonta Wojtyła, hasta los inicios de la filosofía moderna y a “la revolución que supuso el pensamiento de Descartes para la filosofía. A este filósofo le pareció secundario el *esse*, “mientras estimó que lo principal era el *cogito*”. Así pues, a partir de Descartes, “la filosofía se convierte en la ciencia del puro pensamiento: todo lo que es *esse* permanece en el campo del *cogito* como contenido de la conciencia humana. La filosofía se ocupa de los seres en la medida en que son contenidos de la conciencia y no en cuanto existentes fuera de ella” (22). Se detiene en la represión de la filosofía durante el régimen comunista en Polonia, y sostiene:

Lo ocurrido en Polonia tras la subida al poder de los marxistas tuvo consecuencias similares a las provocadas anteriormente en Europa occidental por los procesos desarrollados a partir de la Ilustración. Se hablaba entre otras cosas del ocaso del realismo tomista, entendiendo con ello también el abandono del cristianismo como fuente de un pensamiento filosófico. En definitiva, se cuestionaba la posibilidad misma de llegar a Dios. En la lógica del *cogito ergo sum*, Dios se reducía sólo a un contenido de la conciencia humana: no se le podía considerar como Quien es la razón última del ser humano. Por ende no se podía mantener como el *Ens subsistens*, el Ser autosuficiente, como Creador, Quien da la existencia, más aún, como Quien se entrega a sí mismo en el misterio de la Encarnación, de la Redención y de la Gracia. El Dios de la

revelación dejaba de existir como *el Dios de los filósofos*. Quedaba únicamente la idea de Dios, como tema de una libre elaboración del pensamiento humano (23).

La filosofía del bien y del mal

Con esta idea secularizada, es decir, con la idea de que Dios es una idea dejada a la libre elaboración del pensamiento humano, se desmoronaban los fundamentos de la filosofía del bien y del mal en Occidente. Desde el realismo de la filosofía occidental el mal sólo puede existir en relación al bien y, en particular a Dios, sumo Bien.

De este mal, precisamente, habla el libro del Génesis. Sólo desde esta perspectiva se puede entender el pecado original y también cada pecado personal del hombre. Pero este mal fue redimido por Cristo mediante la cruz. Más propiamente hablando, fue redimido el hombre, quien por medio de Cristo, ha sido hecho partícipe de la vida de Dios. Todo esto, el gran drama de la historia de la Salvación desapareció de la mentalidad ilustrada. El hombre se había quedado solo; solo como creador de su propia historia y de su propia civilización; solo como quien decide por sí mismo lo que es bueno y lo que es malo, como quien existiría y continuaría actuando *etsi Deus nos daretur*, así Dios no existiera (24).

Los resultados de esta soledad intelectual, moral, afectiva y existencial se hicieron sentir: “si el hombre por sí solo, sin Dios, puede decidir lo que es bueno y lo que es malo, también puede disponer que un determinado grupo de seres humanos sea aniquilado. Determinaciones de este tipo se tomaron, por ejemplo, en el Tercer Reich por personas que, habiendo llegado al poder por medios democráticos, se sirvieron de él para poner en práctica los perversos programas de la ideología nacionalsocialista, que se inspiraba en presupuestos racistas. Medidas análogas tomó también el Partido Comunista en la Unión Soviética y en los países sometidos a la ideología marxista. En este contexto se perpetuó el exterminio de los judíos y también de otros grupos como los gitanos, los campesinos en Ucrania y el clero ortodoxo y católico en Rusia, en Bielorrusia y más allá de los Urales (25).

El filósofo, ante el espectáculo de los dramáticos errores del hombre que decide por sí mismo qué es bueno y qué es malo, se pregunta insistentemente, “¿Por qué ocurre todo esto? ¿Cuál es la raíz de estas ideologías post-ilustradas? La respuesta, en realidad, es sencilla: simplemente porque se rechazó a Dios como Creador y, por ende, como fundamento para determinar lo que es bueno y lo que es malo. Se rehusó la noción de lo que, de la manera más profunda, nos constituye en seres humanos, es decir, el concepto de naturaleza humana como dato real, poniendo su lugar un

producto del pensamiento, libremente formado y que cambia libremente según sus circunstancias”.

Karol Wojtyla con visión profética afirma:

Considero que una reflexión atenta sobre esto podría conducirnos más allá de la fisura cartesiana. Si queremos hablar sensatamente del mal y del bien, hemos de volver a santo Tomás de Aquino, es decir, a la filosofía del ser. Con el método fenomenológico, por ejemplo, se pueden analizar ciertas experiencias, como la moral, la religiosa e incluso la de ser hombre, enriqueciendo así de modo significativo nuestro conocimiento. Pero no se puede olvidar que todos estos análisis admiten en cierto modo, de manera implícita la realidad de la existencia humana como un ser creado, y también la realidad del Ser absoluto. Si no se parte de tales presupuestos *realistas*, se acaba moviéndose en el vacío (26).

El límite y el tiempo del mal

El final de las ideologías, tanto del nazismo como del marxismo, de las cuales hemos sido testigos, nos lleva a pensar también en la duración temporal del mal. Ya la sabiduría popular lo ha recogido en aquel refrán que dice “no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”. Wojtyla deja por escrito ricas experiencias en relación al mal. Dice: “no se olvida el mal que se ha experimentado directamente. Sólo se puede perdonar. Y, ¿qué significa perdonar, sino recurrir al bien, que es mayor que cualquier mal? Un bien que, en definitiva, tiene su fuente únicamente en Dios. Sólo Dios es el Bien. El límite impuesto al mal por el bien divino se ha incorporado a la historia del hombre, a la historia de Europa en particular, por medio de Cristo. Así pues, no se puede separar a Cristo de la historia del hombre” (30).

El límite a la aparente omnipotencia del mal, –de las ideologías del mal en este caso–, no aparecía, sin embargo, a los ojos de cuantos lo han experimentado de cerca. No todos eran capaces de darse cuenta de la verdadera magnitud del mal que se cernía sobre Europa. “Vivíamos sumidos, dice Wojtyla, en una gran erupción del mal, y sólo gradualmente comenzamos a darnos cuenta de sus dimensiones reales. Porque los responsables trataban a toda costa de ocultar sus propios crímenes a los ojos del mundo” (27). Más tarde terminada la guerra pensaba para sí: “Dios concedió al hitlerismo doce años de existencia y, cumplido este plazo, el sistema sucumbió”. Después de la conferencia de Yalta, ya en febrero de 1945, los comunistas violaron de diversas maneras ese acuerdo, “con la invasión ideológica y la propaganda política no sólo en Europa, sino también en el resto del mundo. Me quedó entonces muy claro –dirá Wojtyla– que su dominio duraría mucho más tiempo que el del nazismo. ¿Cuánto? Era difícil de prever. Lo que se podía pensar es que también este

mal era en cierto sentido necesario para el mundo y para el hombre". Y continúa:

Quien puede poner un límite definitivo al mal es Dios mismo. Él es la Justicia misma. Es Él quien premia el bien y castiga el mal en perfecta correlación con la situación objetiva. Me refiero a todo mal moral, a todo pecado. Ya en el paraíso terrenal aparece en el horizonte de la historia humana el Dios que juzga y castiga. El libro del Génesis describe detalladamente el castigo que recibieron los primeros padres después de haber pecado. Y la pena impuesta se extendió a toda la historia del hombre. En efecto, el pecado original es hereditario. (32).

Toda vida humana, singular o colectiva, "aparece como una lucha, ciertamente dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Además, el hombre se encuentra hasta tal punto incapaz de vencer eficazmente por sí mismo los ataques del mal, que cada uno se siente atado con cadenas. Pero el mismo Señor vino para liberar y fortalecer al hombre, renovándolo interiormente y arrojando fuera al príncipe de este mundo, que lo retenía en la esclavitud de pecado. Pues el pecado disminuye al hombre mismo impidiéndole la consecución de su propia plenitud" (33).

Sostiene Wojtyla: "no se puede pensar en el límite puesto por Dios mismo al mal en sus diferentes formas sin referirse al misterio de la Redención. ¿Acaso el misterio de la Redención es la respuesta a ese mal histórico que, en sus diversas formas, reaparece una y otra vez en las vicisitudes del hombre? ¿Es también la respuesta al mal de nuestros tiempos?" (34). Y añade: "examinando más atentamente la historia de los pueblos y naciones que vivieron la desgracia de los sistemas totalitarios y de la persecución por la fe, descubrimos que precisamente en ella se revela claramente la presencia victoriosa de la cruz de Cristo. Y sobre ese trasfondo dramático, dicha presencia aparece quizás aún más impresionante. A los que están sometidos a una actuación sistemática del mal, no les queda nada más que Cristo y su cruz como fuente de autodefensa espiritual y como promesa de victoria" (34).

Maximiliano Kolbe, exterminado en Auschwitz, y Edith Stein incinerada en Birkenau son dos figuras que suelen citarse como ejemplos que destacaron entre sus compañeros de prisión por la grandeza del testimonio que dieron de Cristo crucificado y resucitado. Por ello dice Wojtyla: "la Redención es el límite divino impuesto al mal por la simple razón de que en ella el mal es vencido radicalmente por el bien, el odio por el amor, la muerte por la Resurrección" (36).